

Vallejo en la poesía peruana (1950-1970)

En una entrevista publicada en 1972 Enrique Verástegui —el poeta con más cartel de la promoción de los años setenta— confesaba no interesarse por la poesía de Vallejo, decretando escandalosamente su falta de vigencia y la pérdida de intensidad: «A mí me interesa la poesía a nivel de estructuras, de ritmos. Eso no se encuentra en Vallejo. Fue un mito, un gusto. Yo no he leído a Vallejo, porque en mi pueblo no había libros de él. Cuando alcancé a los libros, ya no me interesaba».¹ Estas declaraciones, que fueron tomadas con benevolencia por quienes adivinaron un ánimo epatante y sanamente parricida, no dejaron de irritar a quienes veneraban en Vallejo la piedra sagrada y angular de nuestra poesía, mérito que estaba siendo peligrosamente cuestionado, incluso discutido.²

Este incidente —del que no salieron malparados Vallejo ni Verástegui— obliga a replantear la relación entre la obra vallejana (como herencia, es decir, como legado de quien se supone fundador de la tradición poética peruana) y sus supuestos continuadores.

Vallejo: ¿benefactor o fantasma?

En su célebre *Antología de la poesía peruana*,³ el crítico Alberto Escobar propone a José María Eguren, César Vallejo y Martín Adán como los «fundadores» de la tradición poética peruana, tradición cuya génesis descansa en la multiplicidad de caminos abiertos por estos magníficos poetas. De ellos, sin embargo, sólo Vallejo ha alcanzado cotas de universalidad y de reconocimiento apenas logradas por poeta peruano alguno,⁴ convirtiéndose con el tiempo en una especie de monstruo sagrado, en una figura de prestigio internacional que, si bien pudo resultar incómoda para cierto *establishment*, terminó siendo popularizada incluso en niveles populares.

La tradición poética peruana se inicia, pues, con una figura que le otorga de antema-

¹ Lévano, César, «Los nuevos discuten a Vallejo» (entrevista a Enrique Verástegui, Jorge Pimentel y José Cerna) en *Caretas*, n.º 454, marzo-abril 1972, pp. 52-53. Reproducido en Oviedo, José Miguel, *Estos Trece*, Mosca Azul, Lima, 1973, pp. 175-178.

² Ver, por ejemplo, el artículo de José B. Adolph, De «V» a «V», publicado en *La Nueva Crónica* (15 de abril de 1972), también reproducido en el libro de Oviedo.

³ Escobar, Alberto, *Prólogo a Antología de la poesía peruana*, Eds. Peisa, 1973, pp. 7-15.

⁴ Se dice que toda tribuna es buena, y aprovecho la presente para demandar una mayor difusión a nivel hispanoamericano de las obras de José M.ª Eguren y de Martín Adán.

no un prestigio similar al que Neruda y Huidobro otorgaron a la poesía chilena, los «Contemporáneos» y Octavio Paz a la mexicana y José Lezama Lima a la cubana. Sin olvidar la terrible presencia de Darío en Nicaragua donde mereció, de parte de Coronel Urtecho, una irónica pero cariñosa acta de defunción.⁵ Las preguntas son entonces inevitables: ¿Vallejo es una ventaja o una desventaja para los poetas jóvenes peruanos?, ¿es un benefactor que al abrir caminos facilita la elaboración de nuevos hallazgos, o un fantasma cuya sombra amenaza opacar toda manifestación lírica posterior?

... «Tantas preguntas, tantas respuestas», decía Brecht. Lo cierto es que la presencia de Vallejo, si bien otorga carta de seguridad al joven poeta, resulta muchas veces abrumadora y cortante. Esto explica de algún modo la casi total ausencia de poetas cuya escritura se reclame del espíritu vallejianos:⁶ sería necesaria muchísima sutileza verbal o una experiencia lingüística y vivencial extrema para no pasar por plagiarío o simple imitador. La escritura de Vallejo posee un carácter tan marcadamente personal que no admite (al modo de Neruda y Borges, por ejemplo) la creación y desarrollo de una «escuela», y esto es evidente para quien repase la poesía peruana posterior.

Esta ausencia de «escuela» (que hubiera resultado devastadora para nuestras letras) se ve suplida por el inmenso estímulo que significa la lectura de Vallejo por los más jóvenes, muchos de los cuales pasaron de largo ante poetas convencionalmente formativos (o de-formados por la escolaridad): Darío, Bécquer, Chocano, Nervo. Leamos el testimonio de Washington Delgado:

Fui siempre un lector apasionado de Vallejo, y sin embargo creo, en la medida en que uno puede juzgar su propia obra, que en mi poesía no aparece la influencia de Vallejo; no está por lo menos en mi primer libro, aunque cuando lo escribí Vallejo era el poeta que más había leído y releído. *No influye en mi poesía, pero si no lo hubiera leído jamás hubiera intentado un poema.*⁷ (La cursiva es nuestra.)

Confieso, no sin rubor, que mi experiencia iniciática fue similar a la de Delgado, y me aventuro a arriesgar que muchos poetas podrían confesar lo mismo. La importancia de Vallejo, más allá de la simple influencia, radica fundamentalmente en su capacidad para despertar vocaciones. Es probable que de no haber existido Vallejo muchos poetas peruanos (y quizás extranjeros) no se habrían reconocido a sí mismos como tales. Si esto fuera cierto entonces no tendrían ninguna importancia la dura blasfemia ni el parricidio posterior: Vallejo, como dice el poeta Marco Martos, «existirá para ser negado».

⁵ Coronel Urtecho, José, Oda a Rubén Darío. Al final de dicha «oda» leemos: «En fin Rubén, / paisano inevitable, te saludo / con mi bombín / que se comieron los ratones en / mil novecientos veinte y cinco. Amén».

⁶ Nos referimos únicamente a los poetas peruanos. En el extranjero hallamos los casos ejemplares de Félix Grande en España (ver: Taranto (Homenaje a César Vallejo), 1971) y Juan Gelman en Argentina. Hay hermosos poemas dedicados a Vallejo en las obras de Pablo Neruda, José Angel Valente, Gonzalo Rojas, José Emilio Pacheco, Leopoldo Panero y Pedro Shimose, entre muchos cuyos nombres sería excesivo consignar en estas páginas.

⁷ En Literatura y sociedad: Narración y poesía en el Perú (vol. II), Hueso Húmero Eds., Lima, 1982, p. 93.

Vallejo y los poetas del cincuenta: el descubrimiento

En una entrevista publicada en el suplemento *Perspectiva* del desaparecido diario *La Prensa*, el mismo Washington Delgado recordaba las dificultades que tuvieron los poetas de su promoción para acceder a la lectura de los poemas de Vallejo:

Vallejo no fue ampliamente conocido en el Perú. En la generación siguiente (la del 35, 38 y 40) Vallejo no circuló mucho, por tanto su influencia fue casi nula. El reconocimiento de Vallejo fue tardío porque sus obras circularon tardíamente. Recuerdo que en el año 43, cuando estaba en el colegio, leí algunos poemas de *Los Heraldos Negros* en unos pequeños folletines que también recogían poemas de Eguren y de González Prada. Los poemas de Vallejo me conmovieron mucho, eran algo totalmente diferente.⁸

Alrededor de quince años tenían los poetas de la promoción del cincuenta cuando aparecieron publicados casi por primera vez⁹ los poemas de Vallejo en los «pequeños folletines» que editara Manuel Beltroy. Sólo en 1950 el librero Juan Mejía Baca ofreció al público 200 ejemplares de la edición parisina de *Poemas Humanos* que trajera de Francia Georgette Philippart, iniciándose por esos años el interés por la obra de Vallejo, aunque en círculos estrictamente literarios e intelectuales. Es con la publicación de *Los Heraldos Negros*, *Trilce* y *Poemas Humanos* por la editorial Losada de Buenos Aires que la poesía de Vallejo empezó a circular masivamente por América, concitando un inmediato interés y reconocimiento.

Para los poetas del cincuenta Vallejo fue un referente inicial, pero también hubo otros que tuvieron particular relevancia. Así vemos cómo la tradición peruana se integra y se hace cosmopolita:¹⁰ la lectura de los poetas del 27 español (fundamentalmente Salinas) en Delgado, Rilke en las obras primeras de Eielson y Romualdo, Valéry y Guillén en Sologuren, la vanguardia europea con ecos del siglo de oro en Belli, un surrealismo decantado hasta la desolación y la hermosa desnudez en Varela. Pero si hay un gran nivel de cohesión lírica (sin perder de vista la ociosa polémica entre poetas «puros» y «sociales») ésta es lograda gracias a la lección de Vallejo.

En su mencionado prólogo, Alberto Escobar propone a Vallejo como el punto de partida en tres caminos distintos a seguir por los «usuarios» de la tradición: del primer Vallejo, vale decir del Vallejo nativista, hogareño y de lenguaje «coloquial, oral y popular» de *Los Heraldos Negros*, se inaugura una línea que será reelaborada en los poemas de *Urupi* del cajamarquino Mario Florián;¹¹ de *Trilce*, libro «con el que Vallejo con-

⁸ Chirinos, Eduardo, «Valoración de Vallejo» (entrevista a Washington Delgado y José Antonio Mazzotti), en *Perspectiva Cultural*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 18 de abril de 1982.

⁹ Nos referimos a una edición popular y asequible al público peruano: no olvidemos que la primera edición de *Los Heraldos Negros* (1918) tuvo un tiraje muy limitado; que la de *Trilce* (1922) tuvo un tiraje de sólo doscientos ejemplares (la segunda, editada ocho años después en Madrid, tuvo 2.000); mientras que *Poemas Humanos* contó con una primera edición francesa de 250 ejemplares «en papel vergé anti-que» y 25 en papel japonés. En 1940 se publicó en México por primera vez España, aparta de mí este cáliz (1.000 ejemplares).

¹⁰ Cosmopolitismo logrado a niveles individuales en las obras del mismo Vallejo, César Moro (quien escribiera la mayor parte de su obra original en francés), Alberto Hidalgo, Xavier Abril, Emilio Adolfo Westphalen y Martín Adán.

¹¹ Hay, en la poesía de Florián, mucho de reelaboración de las canciones quechuas, lo que lo emparenta más a Mariano Melgar que a Vallejo. Florián, como él mismo se definió en uno de sus libros, es un «juglar andinista».

sigue situar a la lengua española en un nivel de excepción», se abre una serie de líneas asimiladas y reelaboradas por autores sobre los cuales es difícil establecer similitudes que vayan más allá de un perfecto dominio del lenguaje y de la experimentación: Carlos Oquendo de Amat, Xavier Abril, Emilio Adolfo Westphalen, Carlos Germán Belli y Javier Sologuren, autor este último del hermoso poema *A Vallejo agonista*, donde se observa con claridad su propuesta:

porque eres la rueda escapada a su eje
violenta amorosa centrifugadamente
y el fuego alzándose en mil lenguas elocuentes
porque eres la asunción del macho y de la hembra
la asunción de la especie
Vallejo de barro Vallejo de piedra
el dolor está siempre
crepitándose tu estrella

no sé bien por qué
pero es así Vallejo
como tu verbo encarna
como tu sangre quema

tuvo el Perú que darte
sólo el Perú parirte
con tu orfandad de niño
gimiendo en un rincón
con tus fibras ternísimas
con tu hambre feroz
de humanidad humana
de humana humanidad

hay ceniza en la lágrima
ceniza en la sonrisa
capullos ahogados en ceniza también
esta hora del mundo
descolgada del cielo
es un hocico hozando

la muerte nada más
esta hora del mundo
alerta desde tu alma
desde tu entraña suena
una vez más
reacciona en cadena
cubre vigilia y sueño
arrastra el corazón

porque eres la rueda escapada a su eje
para hacer polvo injusticia
misericordia desamor¹²

Del tercer Vallejo (el de *Poemas Humanos y España, aparta de mí este cáliz*, libros con los que «la poesía peruana se levanta al más alto rango de la poesía universal») no es difícil hallar influencia en autores que no supieron comprender el mensaje que dejara el poeta en una de sus crónicas:

¹² Sologuren, Javier, *Vida continua*, Instituto Nacional de Cultura, Lima, 1971, pp. 184-185.